

El color de los días

Anna Guezmer



Capítulo 1

Tres colores

En la cafetería, un silencio inoportuno nos obligó a mirarnos a los ojos. Apretó los labios y con el mentón erguido se levantó bruscamente de la silla. Retiró su abrigo del respaldo y se dirigió a la salida. Al pasar junto a mí, el faldón del abrigo zarandeó la taza vacía. En segundos, reposaba milagrosamente intacta en el suelo, junto al plato y la cucharilla. Ahora me resulta curioso pensar, que es justamente ésa, la última imagen que guardo de ella. Restos de vajilla y café sobre el suelo mientras sus tobillos se alejaban con paso decidido.

Siempre tuvo unos tobillos hermosos, robustos pero elegantes, bien plantados sobre cualquier tacón. Los zapatos de diseño italiano le sentaban mejor que a ninguna otra muchacha. A decir verdad, hasta el calzado más vulgar se revalorizaba si estaba coronado por sus piernas. Todavía la recuerdo con un pie apoyado en el borde de la cama, ajustando la línea trasera de las medias para hacerla descender en una vertical perfecta, desde la mitad del muslo hasta el tobillo. Parece que hubiera ocurrido ayer o la semana pasada. Pero en mi memoria, ocurrió hace mucho tiempo.

Nos convertimos en amantes en nuestra tercera cita. Uno pudiera pensar que pudo ser algo precipitado y en efecto así fue; pero en aquel tiempo, la vida podía escaparse un segundo después de conocer a una mujer hermosa y todos intuíamos que el arrepentimiento era más dulce si se había disfrutado de un motivo real que no imaginario. Las incursiones casi diarias de los aviones de la Luftwaffe habían convertido Londres en una ciudad donde el fuego, el humo y los socavones podían sorprenderte al doblar cualquier esquina.

Durante el primer año desde inicio de la guerra, nos habíamos sentido seguros. Nuestro aislamiento geográfico parecía ser suficiente para librarnos de la destrucción de nuestras casas. Hasta que la primera bomba alemana cayó en territorio inglés y nos confirmó que éramos vulnerables. Al estado de austeridad impuesto por el racionamiento, se sumó el miedo. Un miedo que se te metía en el cuerpo con las primeras señales de alarma antiaérea y que resultaba ser más atronador que el timbre de las sirenas o el silbido de las bombas. Y así, la vida cotidiana se transformó en una espera permanente. Vivíamos esperando las cartas de nuestros padres, hijos o hermanos movilizados, las raciones de carne o mantequilla en la tienda de la esquina, el fin de aquellas interminables incursiones aéreas, las últimas noticias del frente o las declaraciones de nuestro Gobierno. La vida parecía haberse congelado como el Támesis el invierno anterior y los

colores parecían haberse difuminado en medio de aquel estado de ansiedad y alerta permanente, como si un filtro de humo gris nos perturbara la visión. Mientras, yo continuaba recorriendo los escasos cuatrocientos pies que separaban el Foreign Office de Downing Street, a la espera de alguna de comunicación oficial. Las notas de prensa se emitían con cuenta gotas, tras delicadas deliberaciones y a los periodistas se nos informaba los datos imprescindibles para evitar que el desánimo cundiera entre la población civil.

Una de aquellas mañanas me dirigía hacia el puente de Westminster, cabizbajo, repasando mis notas, cuando sentí un impacto. Alcé la mirada y la vi sentada en el suelo. Le tendí la mano.

-Lo lamento señorita. Iba distraído.

Recuerdo que me miró con cara de reproche, como se mira a un niño que acaba de cometer una travesura. Pero el recuerdo más vivo de aquel instante se resume en tres colores: el azul marino de su vestido, el blanco traslúcido de su piel y el rojo cobrizo de su cabellera. Mientras se incorporaba, supe que me estaba enamorando. En el acto, consideré necesario desagraviarla con un café que tuvo lugar aquella misma tarde. Dos citas después, nuestra ropa se enredaba por primera vez a los pies de mi cama. La espera opaca de los días se transformó en intervalos luminosos hasta nuestro siguiente encuentro, en donde cada uno se concentraba en su actividad profesional. Yo redactaba la nota de prensa correspondiente para mi periódico y ella ponía orden en la biblioteca del distrito de Lewisham. Las semanas transcurrían veloces convirtiéndose en meses que estaban salpicados de noticias agridulces del frente.

Nuestra última cita tuvo lugar en un café de Oxford Street una fría tarde de abril, bien avanzado el cuarto año de guerra. Junto con otros dos colegas, aquella misma noche salía hacia territorio francés. Mi jefe me lo había propuesto durante el almuerzo. Apenas había tenido tiempo de organizar el equipaje. Las noticias del frente eran esperanzadoras. Se respiraba en el ambiente, que sólo era cuestión de tiempo asestar el golpe definitivo al enemigo. En los círculos políticos y pese a todas las medidas de contraespionaje, se rumoreaba sobre una posible invasión aliada desde suelo inglés. La idea más plausible era desembarcar en Calais, desde donde forzar el repliegue alemán hacia el centro del continente. Los próximos meses iban a ser decisivos. Para cualquier periodista era una oportunidad única. Acepté de inmediato.

-¿Por qué?

-Es mi trabajo.

-Puedes negarte.

-No lo entiendes, es posible que no tenga...

-Puedes negarte, pero no quieres. Eso es todo.

Sus ojos me atravesaban inmisericordes. Supe que no lo entendería. Desde el extrarradio de la contienda habíamos conseguido sobrevivir al racionamiento, a la espera y a los bombardeos. Y ahora, cuando todo hacía pensar que quedaba poco para el final, yo me encaminaba directo al ojo del huracán. Me miró desafiante.

-¿Crees que voy a quedarme de brazos cruzados esperando tu regreso?

-Bueno, pensé que tal vez...

No pude terminar la frase. Ella bebió de su taza. Yo la imité. Necesitaba unos segundos para aclarar mi mente. En un tono casi suplicante, me escuché decirle:

-Prométeme al menos que me escribirás. Yo lo haré cada semana. Así sabrás que sigo con vida.

No respondió. Se fue dejando caer al suelo una taza, un plato y una cucharilla.

Esperé durante un mes su primera carta. Brevemente y sin demasiada efusividad me relataba la rutina del Londres que habíamos compartido. A mí, la cuartilla de papel se me quedaba pequeña para describir todo lo que presenciaba en el frente: el aullido de las ametralladoras, el dolor, la sangre, el frío, el miedo, pero también las estrategias, el honor, la valentía y la complicidad entre los hombres. El desembarco aliado tuvo lugar finalmente, pero no en Calais como todos pensábamos -incluido el alto mando alemán-, sino en Normandía. El avance de los rusos desde el este era imparable. El imperio del miedo estaba a punto de ser derrotado. En medio de aquella euforia contenida que se iba propagando entre los nuestros, perdí la noción del correo. Sabía que yo cumplía con mi promesa semanal, pero no fui consciente del momento en que sus respuestas cesaron. Finalmente, un buen día recibí una carta. El matasellos era el habitual y la dirección del remitente, la suya. La caligrafía no obstante, me resultó desconocida. El texto me refería la tristeza de su portera, que inquieta ante mi avalancha de correos, había decidido responderme de su puño y letra para comunicarme su desaparición. ¿Su desaparición? Curioso eufemismo cuando nos referimos a la muerte.

El verano del cuarenta y cuatro, Alemania puso a prueba su nueva artillería de largo alcance, las V1. Fue un momento desalentador para los londinenses. Las noticias del desembarco de Normandía a principios de

junio y la recuperación de buena parte del territorio francés para el bando aliado, hicieron pensar que lo peor de la guerra ya había pasado. Sin embargo, la Alemania nazi seriamente herida, daba sus últimos zarpazos. Una mañana de final de julio, una de aquellas V1 explotó destrozando el mercado del distrito de Lewisham. Aquella mañana, ella había salido temprano de casa. Quería evitar las colas en el mercado.

Hoy es quince de mayo. Desde hace unos días, el mundo ha dejado de ser gris. En todos los rincones de Francia, la gente celebra el fin de la guerra. Aún no he decidido qué hacer. Regresar a Londres parece lo más adecuado, pero una mezcla de nostalgia y vacío me invade cada vez que pienso en ello. La música suena. A mi alrededor todos ríen y bailan. La alegría rebosa en las calles engalanadas con la bandera de la República: azul, blanco y rojo. Tres colores de un tiempo que ya no volverá.

Capítulo 2

La última vez

Ayer fue la última vez. Lo decidí de repente. A decir verdad, no sé muy bien porqué. Tal vez porque estoy cansada de este tiempo o quizás porque el desprecio de tu mirada me heló la sangre. Como de costumbre, bajaste al bar. Como de costumbre, entré en el cuarto de baño y contemplé los desperfectos de mi cara en el espejo del lavabo. El labio inferior estaba hinchado y un hilillo rojo resbalaba hacia la barbilla. Me limpié la herida con agua fría y volví a mirarme en el espejo. Palpé el labio y estimé cuánto tardaría en recuperar su aspecto normal. De pronto, la imagen que me devolvía el cristal de la pared me dejó confusa. La mujer del espejo se me antojó una extraña. Vieja, cansada y triste; nada que ver con lo que recordaba de mí misma antes de conocerte. Y entonces ocurrió. Mi cabeza decidió que sería la última vez. En un abrir y cerrar de ojos organicé la huida. Una mochila con un par de mudas, agua, algo de comida y los veinte euros que me dejaste encima de la mesilla para hacer la compra. Campo a través, pensé, nada de carreteras principales hasta llegar a la ciudad, sólo caminos rurales. ¿Alojamiento? No hará falta. Desde niña soñaba con dormir bajo las estrellas en verano. Una vez en la ciudad, ya decidiré qué hacer.

Y aquí estoy, atravesando los campos de cebada de detrás de la iglesia bajo un sol vespertino. Imagino la expresión de tu rostro cuando regreses esta noche. Llegarás de mal humor. Encontrarás la casa ordenada y limpia, tus camisas planchadas y un plato de lentejas sobre la mesa del comedor. ¡Está frío!, gritarás llamándome. Y no tendrás respuesta. Me buscarás furioso por toda la casa. Quizás lances el plato de lentejas contra la pared y pisotees las camisas recién planchadas. Pero no tendrás respuesta. No me encontrarás.

Súbitamente noto una punzada en el labio. La herida que había comenzado a cicatrizar ha vuelto abrirse. Me escuece. Con cuidado, mi dedo índice roza la comisura del labio. Retiro el dedo sorprendida. Estoy sonriendo.

Capítulo 3

Sentido común

Salió a la terraza y encendió un cigarrillo. En el horizonte, la franja rojiza del atardecer era ya un hecho evidente. A sus pies se extendía la ciudad, una ciudad que con mucha cautela empezaba a iluminar sus ventanas. Se apoyó en la balaustrada y dejó que el humo del tabaco le llenara los pulmones.

-Su dolencia no tiene cura. Solo terapia física para ralentizar la progresión de los síntomas y ayudas técnicas que le facilitarán la vida.

Los ojos neutros del médico seguían con él.

-Si lo desea, puede buscar una segunda opinión, pero me temo que le dirán lo mismo.

Expulsó el aire viciado de su pecho y dio otra calada al pitillo. Una segunda opinión, ¿pero de quién? Había consultado al mejor especialista en la materia. Además, Jaime lo sabía. Sabía que era cierto. La certeza la tuvo la primera mañana que observó cómo sus dedos eran incapaces de atar los cordones de los zapatos. Cambió entonces a unos elegantes mocasines. Más tarde comprobó su falta de tino al introducir la llave en la cerradura de su casa. Hay poca luz, se dijo. Hasta que una noche, un maldito paquete de pistachos se le escurrió entre las manos sin dejarse abrir. Se agachó para recogerlo y entonces la cocina giró inmisericorde. Y no pudo levantarse. Tres semanas y doce exploraciones clínicas después, sus temores tenían respuesta.

Observó curioso la ciudad. Cientos de edificios de diferentes formas y colores que se apretujaban sin ningún criterio estético. Solo las grandes avenidas, trazadas con escuadra y cartabón, parecían poner orden en la masa caótica. Y luces, retahílas de luces, cada vez más numerosas, como pequeños oasis de vida en el interior del cemento. Aspiró una nueva bocanada de nicotina e intentó imaginar qué podría estar sucediendo dentro de aquellas luces. Imaginó niños terminando sus deberes escolares. Una joven descalzándose en el recibidor de su casa bajo el beso de su novio. Un abuelo afanado en reimplantar el brazo a la muñeca preferida de su nieta. Una esposa quejumbrosa ante la tardanza cotidiana de su marido. Sopló un hilo de aire gris. Nada de aquello ocurría en su casa. Solo un hombre joven y rico que cada noche atravesaba el umbral de su envidiada vivienda.

Se volvió hacia el interior y contempló el frente del salón, una imponente cristalera que se abría a la terraza. Recordó la última fiesta. El alcohol había rodado hasta bien entrada la mañana. Una celebración entre socios de recientes transacciones acompañados por sus parejas, la mayoría, oficiosas. Como de costumbre. También, como de costumbre, un catering de lujo, servido con destreza por profesionales bien entrenados. Entre ellos, Carlota, la camarera de los rizos dorados que se atrevió a rechazarlo pasada la una y media de la madrugada. No pudo entenderlo. Hasta el momento había conseguido todo lo que se había propuesto. Lo que a otros les resultaba imposible de atrapar, acababa dócilmente en sus manos. Su secreto: una fe inquebrantable en sí mismo y una extraordinaria habilidad negociadora. Con semejantes cualidades se había convertido en el nuevo paradigma del joven empresario. Portada de la revista *Business and me* en varias ocasiones, a sus cuarenta años, buen deportista y con un atractivo juvenil, era el hombre de moda, el soltero más perseguido en la ciudad. Había hecho de su vida, lo que siempre quiso. Pero aquel diagnóstico no estaba en sus planes. La ceniza del cigarrillo cubrió de gris la punta del zapato izquierdo. Sacudió el pie. Repitió el gesto y observó la simpleza del mismo. Dentro de un tiempo, unos meses tal vez *-los plazos temporales nunca son exactos, solo meros datos estadísticos*, había dicho el doctor-, su cuerpo sería incapaz de realizar alguno de esos movimientos.

Se le antojó entonces que no estaba dispuesto a ello. No, no estaba dispuesto a quedarse para contemplar como aquella enfermedad iba a marchitarlo sin piedad. Y cuanto más lo pensaba, más claro lo veía. El desconcierto inicial y la ira posterior cedían el paso a otro sentimiento. Un sentimiento que conocía muy bien. El mismo que le llevaba a tomar decisiones en su trabajo. Definió su objetivo y trazó el plan de actuación correspondiente. Estimó el tiempo necesario. Un mes a lo sumo. *Aún estaré en buena forma*, se dijo.

Cuatro semanas después, la noticia apareció en todos los medios de comunicación. *El empresario Jaime Morales ha fallecido esta madrugada en un aparatoso accidente de tráfico. El deportivo que conducía por la vía de la cornisa norte, se salió de la calzada precipitándose al mar. Los expertos consideran que el empresario murió en el acto, habida cuenta de los ochenta metros de altura que alcanza el acantilado en ese punto de la carretera. La escarpada orografía dificulta las labores de recuperación de los restos, por lo que se espera que los trabajos no concluyan hasta el fin de semana.* A reglón seguido, se esbozaba una semblanza de Jaime Morales. Su origen humilde, su espíritu emprendedor, su pericia en asuntos económicos, su éxito entre las mujeres y su imperio empresarial, en definitiva una trayectoria en ascenso imparable hasta la caída libre de su deportivo. *Una desgracia*, era el lamento generalizado.

Carlota echó una ojeada al correo que había depositado una hora antes sobre la mesa del comedor. Facturas varias, recibos del banco y un sobre

sin remitente con sus señas escritas a mano. Decidió abrirlo. Un par de cuartillas manuscritas en tinta azul. Pluma quizás. Fechadas cuatro días atrás.

Estimada señorita,

Esta carta contiene varios propósitos. En primer lugar, presentarle mis disculpas y seguidamente ponerla al corriente de algunos acontecimientos que considero, serán de importancia para usted. Mi nombre es Jaime Morales. Es muy posible que no me recuerde o que cuando lo haga, su impresión no sea favorable. Hasta aquí, tal vez todo esto le parezca una estupidez o simplemente inverosímil. Sin embargo, me atrevo a pensar que al recordarle un banquete celebrado hace seis semanas en la Colina del Agua al que usted aportó profesionalidad, la situación cambie. Sí, soy el anfitrión, aquel borracho impresentable que trató de propasarse. Entiendo que su sorpresa debe ser mayúscula. Soy un desconocido escribiendo a una desconocida. Una desconocida a la que sin embargo, me hubiera gustado conocer. ¿Por qué? Porque hizo lo que ninguna mujer. Rechazarme. Y con una elegancia infinita. No pude entenderlo. ¿Quién no desearía estar con Jaime Morales? Es curioso como tantos años de éxito terminan por apagar nuestro sentido común. Pero la serenidad de su expresión al sugerirme un lugar más adecuado para colocar mis manos, entornó la ventana hacia la recuperación de la lucidez perdida.

Hace poco he sabido que la vida me tiene preparado un plan distinto del que yo tenía para ella. Y no pienso quedarme a negociar, así que mi tiempo es breve. Estoy en deuda con usted por haberme devuelto la sensatez que perdí en mi camino hacia la cumbre. Hubiera deseado poder ofrecerle algo más valioso pero por desgracia solo puedo compensarla con lo único que he logrado conseguir: mi fortuna personal. En unos días, mis abogados contactarán con usted para informarla. Lamentando mi comportamiento la citada noche, le deseo una vida que la haga feliz. Por favor, no me guarde rencor, porque yo le agradezco su gesto. Ha sido lo más sincero y valioso que me han ofrecido en este tiempo.

Siempre suyo. Jaime Morales.